



Artículo

Ideologías excluyentes en el siglo XXI. Austria y el auge de la extrema derecha en Europa.

Jessica Montoya García
Universidad de Murcia
jessicatamara.montoya@um.es

Recibido: 27/01/2017

Aceptado: 18/04/2017

Resumen

El objetivo de este artículo es el de analizar el ascenso que las ideologías excluyentes están teniendo estos últimos años en Europa, con especial atención al caso de Austria. El estallido de la crisis global en 2008 provocó que partidos de extrema derecha empezaran a ganarse un hueco dentro de las instituciones democráticas, tanto a nivel nacional como a nivel europeo. A esto se sumó la crisis de los refugiados, usada por estas ideologías basadas en la xenofobia, el nacionalismo exacerbado y el euroescepticismo para ganar más peso dentro del panorama político europeo. Mientras tanto, la Unión Europea mira pasivamente y con asombro cómo estos partidos están haciendo tambalear los cimientos de un proyecto común que ha resultado ser más débil de lo que se pensaba.

Palabras Clave: Austria, extrema derecha, ideologías excluyentes, política europea

Abstract

The aim of this paper is to analyse the rise of exclusionary ideologies in Europe and, more specifically, in Austria during the last years. The outbreak of the global crisis in 2008 caused that far right parties began to make space within democratic institutions, both at national and European level. To this fact must be added the refugee crisis, used by these ideologies, based on xenophobia, exacerbated nationalism and Euroscepticism, to gain more weight in the European political scene. Meanwhile, the European Union observes astonished and passive how these parties are shaking the foundations of a common project more deficient than previously thought.

Keywords: Austria, far right parties, exclusionary ideologies, European politics

Introducción

La crisis que sufre Europa y el resto del mundo desde 2008 ha hecho resurgir, con más fuerza de la que se pudiera haber previsto, ideologías excluyentes en muchos países del continente. Estas ideologías se han fortalecido en ciertos partidos con proyección nacional pero también europea. Como bien explica Torreblanca (2014: 127):

Al calor de la crisis del euro y amparados por la desafección contra la UE, los partidos populistas de carácter xenófobo están registrando un importante avance. Estos partidos se han transformado: si antes eran euroescépticos, ahora son abiertamente eurófobos y preconizan el cierre de fronteras, la vuelta a la moneda nacional y la conversión de la UE en una mera asociación de Estados. Estos partidos ya no son minoritarios, en muchos casos ni siquiera antisistema, y gozan de un importante apoyo electoral en un número importante de países.

Las elecciones europeas de 2014 pusieron en el foco de atención mediático sobre estos partidos, eurófobos y xenófobos, por los amplios resultados que obtuvieron en gran parte de Europa. Encabezados por el Frente Nacional francés y el UKIP británico, los partidos de extrema derecha también se han hecho un hueco en países como Austria, Hungría, Croacia, Grecia, República Checa, Finlandia, Dinamarca, etc. En el siguiente trabajo, utilizando una metodología descriptiva y de comparación histórica, vamos a analizar el nacimiento de estas ideologías en Europa durante el siglo XX para, posteriormente, compararlo con el auge de las ideologías excluyentes en el panorama político actual con especial atención al caso austríaco.

El nacimiento de las ideologías excluyentes en Europa

Las ideologías excluyentes en Europa tuvieron su etapa de máxima difusión en el periodo de entreguerras. Antes del comienzo de la I Guerra Mundial ya habían existido formaciones ideológicas y partidos que impulsaban el rechazo hacia el otro. No obstante, hubo que esperar al desarrollo que tuvo el fin de la Gran Guerra para que estas ideologías acabaran por abrirse hueco tanto en la sociedad como en los gobiernos centrales de muchos países europeos. Explican Altrichter y Bernecker (2014: 63) que «los efectos de la guerra y los acuerdos de paz dieron rienda suelta al nacionalismo y al etnocentrismo en la Europa centro-oriental, conduciendo finalmente al derrumbe del orden internacional». El factor político y cultural que supuso, por ejemplo, la humillación del Tratado de Versalles

para Alemania influyó en el nacimiento de una ideología excluyente como el nazismo. Sin embargo, no sólo los factores culturales, políticos o ideológicos propiciaron la aparición y el desarrollo de regímenes como el fascista o el nazi. Más importante que ellos fue, en muchos casos, el factor económico. En el caso Alemán, a principio de la década de 1920 el país sufrió la mayor hiperinflación monetaria vista hasta el momento, con una moneda devaluada y unos precios desorbitados para la capacidad económica de sus ciudadanos. Esta gran crisis económica sufrida por el país germano, motivada por las sanciones del Tratado de Versalles, es el momento que puede fijarse para entender el ascenso del nacionalsocialismo. A esto hay que sumar la dependencia que la economía alemana tenía del crédito estadounidense para hacer frente a las reparaciones de guerra impuestas en Versalles. Tras el crack de 1929, Estados Unidos se ve obligado a interrumpir el flujo monetario hacia Alemania, provocando que en 1932 suspendiera los pagos de la deuda ante la imposibilidad de hacerles frente sin la ayuda exterior. En definitiva, «el colapso de la economía mundial en la fase de entreguerras contribuyó al ascenso de Hitler» (Altrichter y Bernecker, 2014: 70). Dicho de otra manera, la crisis económica ayudó al fortalecimiento de las derechas nacionalistas. Es por ello que el fascismo se impuso, sobre todo, en países que habían salido derrotados de la guerra. Así pues, la mala situación económica post-bélica junto a las tensiones sociales que provocaron en los derrotados, influyeron notablemente en el ascenso de unas minorías nacionales determinantes «para la eliminación del parlamentarismo» (Altrichter y Bernecker, 2014: 63) en estos Estados.

La eliminación del parlamentarismo supone la caída de la democracia y de la civilización liberal. Podía darse a través de dos corrientes: la izquierda comunista rusa o la derecha. Dentro de la corriente derechista podemos diferenciar: una corriente nacional militarista, como los casos de Horthy en Hungría o Pilsudski en Polonia; una derecha confesional-corporativa, como los casos de Salazar en Portugal o Dollfuss en Austria; y, por último, la derecha fascista, tanto para el caso italiano como para el alemán. La adopción de formas de poder autoritarias fue una elección (o imposición) que se convirtió en la peligrosa tendencia durante el periodo de entreguerras. A Rusia (1917) se le sumó Hungría (1920), Italia (1922), Turquía (1923), España (1923 y 1936), Portugal (1926 y 1932), Polonia (1926), Alemania y Austria (1933).

La mayoría de estos regímenes autoritarios se basaban en una ideología de extrema derecha fascista. Se abrieron un hueco en el panorama político y social de sus

países prometiendo superar los problemas partiendo de una cohesión de clase, de un colectivo nacional y étnico concreto. Sus principales características fueron «un nacionalismo militante, un racismo antisemita, así como un acentuado antiliberalismo y anticomunismo» (Altrichter y Bernecker, 2014: 66). En el caso del nacionalsocialismo, se preocupó mucho por prestar atención a marginar, reprimir y perseguir a todas aquellas personas que no tenían cabida en su sociedad, en base a sus criterios étnicos y nacionales. Quedaron apartados de su clasificación los judíos, los romaníes, los sinti (gitanos alemanes), los homosexuales, las minorías étnicas que residieran en territorio alemán y cualquier otra persona con una posición política o ideológica diferente a la dictada por la doctrina nacionalsocialista. Por último, es necesario mencionar el hecho de que también existieron movimientos de índole nacionalista y de extrema derecha a lo largo de otros países europeos pero que, al contrario que los mencionados anteriormente, no llegaron a alcanzar poderes gubernamentales. El caso más llamativo a este respecto es, quizás, el de Francia. En la década de 1920 aparecieron numerosas agrupaciones de extrema derecha que recibieron el nombre de Ligas (*Ligues*). Estas agrupaciones se presentaban como alternativas políticas de la época. En 1925 se fundan en el país galo los *Faisceau*, tomando como referente directo el fascismo italiano. Partieron de los problemas que trajo la crisis de posguerra y el posterior crack de 1929 para aumentar su influencia a partir de las capas medias de la sociedad, que fueron las que más acusaron la crisis.

En cualquier caso, llegados a este punto, es fundamental resaltar que las ideologías excluyentes encontraron en los problemas económicos gran parte del apoyo que recibieron de las distintas sociedades en las que tuvieron cabida. Las clases medias y bajas vieron cómo sus instituciones gubernamentales no sabían dar solución a los problemas financieros del país y perdieron la confianza en sus gobernantes. Esto fue aprovechado por las nuevas corrientes de pensamiento, que supieron usar el descontento popular para acercarse al poder. Una vez en él, el autoritarismo fue la forma de gobierno elegida, llevando a cabo políticas excluyentes, racistas y ultranacionalistas.

La crisis y el resurgir de los extremismos. El Frente Nacional francés.

Tras la I Guerra Mundial los países europeos no convergieron hacia «una mayor cooperación en la economía sino, por el contrario, a un fortalecimiento del aislacionismo, el proteccionismo y, algo más tarde, a la política de autarquía; y, por tanto, a la

desintegración generalizada de las relaciones económicas internacionales» (Altrichter y Bernecker, 2014: 71). Es por ello que, tras la II Guerra Mundial, los distintos países europeos se preocuparon por ampliar el llamado Estado de Bienestar (Requeijo, 2014). Esto supuso, y supone todavía hoy, destinar grandes cantidades de recursos para la financiación de necesidades sociales como la sanidad, la educación y las pensiones de vejez, invalidez o para desempleados. La protección que otorga el Estado de Bienestar permite que segmentos desvalidos de la sociedad encuentren recursos de los que disponer y cobertura básica a nivel de sanidad o educación, además de que actúa como mecanismo de redistribución de la renta. En última instancia, también trabaja para que las tensiones sociales no sobrepasen ciertos límites. Sin embargo, después del estallido de la crisis de 2008, el Estado de Bienestar plantea un problema de vital importancia: dónde conseguir financiación. Sin los recursos económicos necesarios para funcionar, la cobertura sanitaria pública que proporcionan los estados, así como la educación, los subsidios y las prestaciones por desempleo, enfermedad o baja laboral decaen. Es entonces cuando la sociedad comienza a mirar con recelo hacia sus gobernantes. Y es en ese momento cuando las ideologías excluyentes comienzan a extenderse peligrosamente entre la sociedad.

La crisis ha puesto de manifiesto que la Unión Europea no ha estado a la altura. Sin embargo, más allá de lo que deberían haber hecho los líderes del continente, la Unión Europea ha demostrado tener gravísimos fallos estructurales. Autores como Torreblanca (2014) han investigado los importantes errores que los diseñadores de la Unión Europea cometieron en la construcción de las instituciones y de los procedimientos de ayuda entre países miembros. Así, en lugar de construir un sistema con cortafuegos entre los sectores público y privado, como tiene Estados Unidos, se creó un sistema con compartimentos cerrados entre estados. Esto a la larga supuso, frente al sistema estadounidense, que el sistema económico europeo permitiera la existencia de un vínculo tóxico entre las deudas del sector público y privado. A esto hay que sumarle que las decisiones tomadas por la Unión Europea se han caracterizado en estos años por los “3 demasiados”: demasiado poco, demasiado tarde y demasiado divididos. Así, con la agudización de la crisis en el periodo 2010-2012, lo que en un principio era una mera crisis financiera ha terminado por convertirse en una crisis política e institucional ayudada por los gravísimos problemas que el propio sistema ha mostrado tener. Por ello, Martínez y Fresnillo (2014: 128) consideran que:

(...) durante los años de “vacas gordas” hubo la ilusión (mediante el crédito fácil) de una Europa unida y próspera, pero la crisis nos muestra la verdad: Europa no es un proyecto de unión social y política, sino un pacto entre grandes corporaciones, un campo de batalla donde las primeras en caer son las poblaciones.

Según estima Requeijo (2014), los problemas a los que debe hacer frente Europa son cinco, de notable envergadura todos ellos: volumen elevado de la deuda pública; altos niveles de desempleo; envejecimiento de la población; financiación de una red de protección social que haga frente a la población cada vez más envejecida; y, por último, posible disminución del tamaño relativo de su economía.

De los problemas expuestos por Requeijo, los altos niveles de desempleo y la financiación de la protección social son los que más van a preocupar a los ciudadanos. Además, éstos van a requerir a sus gobiernos, y a Europa, que sepan solucionar dichos problemas. Sin embargo, lo que perciben es que los líderes nacionales y europeos no han sabido responder. Es por ello que Innerarity (2014) habla de «déficit ejecutivo» en esta crisis, ya que se caracteriza por la falta de capacidad que han demostrado los gobiernos para la resolución de problemas. Podemos traer a colación la polémica frase de Junker cuando dijo aquello de: «sabemos lo que hay que hacer, pero no sabemos cómo ser reelegidos después de hacerlo» (The Quest for Prosperity, 2007). Junker se estaba refiriendo –antes incluso de la agudización de la crisis, que por aquellos años tan sólo se vislumbraba– a la aplicación de políticas de austeridad, completamente antipopulares y que restan crédito electoral a los partidos que las llevan a cabo.

En este sentido, parece especialmente revelador el siguiente fragmento de Torreblanca, ya que establece una importante relación entre la situación socioeconómica actual y la que vivió gran parte de la sociedad europea del periodo de entreguerras:

Parece hoy evidente que las políticas de austeridad no han estado motivadas en un diagnóstico certero, y menos compartido, sobre los orígenes de la crisis, sino en la combinación de un conjunto de prejuicios de carácter moral y una lectura errónea del origen de la crisis en el endeudamiento del sur de Europa. Y, para colmo, tampoco han sido eficaces. Esto plantea un problema de legitimidad democrática pues una dimensión esencial de la democracia, como la formulara Lincoln, es que la democracia es el gobierno “para el pueblo”, es decir, en su beneficio. Las democracias se legitiman por los procedimientos, por cómo hacen las cosas, pero también, como todos los demás sistemas políticos, por los resultados. Sin unos resultados positivos en cuanto al crecimiento y el empleo, la

democracia perderá progresivamente legitimidad, pudiendo, como hemos visto en otras épocas de la historia, degradarse o colapsarse. Piénsese, por ejemplo, en cómo las democracias europeas de los años treinta, incapaces de solventar la crisis que siguió a la caída de la bolsa de 1929, sucumbieron a los extremismos, bien en forma de fascismos, populismo o revoluciones de inspiración comunista. Desgraciadamente, en muchos países, aquellos que más rápido trajeron el crecimiento y el empleo, junto con el orden público, acabaron con la democracia y lograron la adhesión de la ciudadanía, aunque fuera a cambio de instaurar un totalitarismo nazi, fascista o comunista. (2014: 57)

Torreblanca expone, en el anterior fragmento, varios problemas de Europa que la crisis ha mostrado o ha hecho emerger. Estos son:

- a) Ineficacia de las políticas de austeridad.
- b) Ha abierto una fractura entre el sur de Europa, formado por países endeudados, y el norte, que son los acreedores.
- c) Pérdida de legitimidad democrática. El pueblo necesita resultados que los gobiernos no han sabido proporcionar.
- d) La analogía con el pasado histórico de los populismos fascistas y comunistas es demasiado peligrosa.
- e) La consecuencia última de esta analogía es la caída de la democracia con el fin de conseguir crecimiento, empleo y orden público.

Cada vez hay más voces que creen que «las medidas de austeridad y ajuste impuestas por el poder financiero y las principales instituciones europeas están provocando un aumento de las desigualdades entre países (deudores y acreedores) y entre clases sociales» (Etxagibe, 2014: 13). Por lo que, en lugar de solucionar la situación, parecen empeorarla en algunos ámbitos como el de bienestar social y desigualdad (Del Pozo y Martín, 2013). Estas desigualdades también suponen una división entre países del norte y del sur, o países del centro y la periferia, así como también una división entre élites y ciudadanos. En última instancia, las divisiones que provocadas por la crisis y acrecentadas por las medidas de austeridad vienen de la mano de una «desafección creciente hacia el proyecto europeo y da curso a la proliferación de populismo xenófobos y antieuropeístas» (Torreblanca, 2014: 113). Estos populismos, además de caracterizarse por la xenofobia y un sentimiento fuertemente antieuropeo, se le suma un nacionalismo exacerbado, que se está convirtiendo en otro de los problemas a

los que tiene que hacer frente la Unión Europea (Troitiño & Kerikmäe, 2014). Las ideologías excluyentes, en la actualidad, están teniendo cabida en instituciones, tanto a nivel nacional como europeo, a través de los llamados partidos euroescépticos.

El populismo euroescéptico no es un fenómeno nuevo, como explica Rodríguez-Aguilera (2012), pero sí es un fenómeno cambiante capaz de adaptarse a los nuevos tiempos, tal y como estudian Fieschi, Moris y Caballero (2012) analizando el caso francés, neerlandés y finlandés. De entre todos los partidos euroescépticos, o más bien eurófobos, que existen en Europa en la actualidad, el caso más representativo es el del Frente Nacional francés. Fue fundado por Jean-Marie Le Pen en 1972. También fue presidido por él desde su fundación hasta que en 2011 le sucedió su hija, Marine Le Pen. La ideología del partido es marcadamente nacionalista, euroescéptica, xenófoba y excluyente. Muchos ven en el Frente Nacional y lo que representa el mejor ejemplo de lo que el neofascismo encarna hoy en día. Sin embargo, tal y como explica Torreblanca (2014: 129-130):

El viejo euroescepticismo del Frente Nacional (FN) de Jean-Marie Le Pen se ha modernizado sustancialmente, siendo capaz de presentarse a la opinión pública no ya como un resultado de la nostalgia más tóxica (antisemita, filofascista y colaboracionista), sino como un partido que apela a las clases trabajadoras y a la Francia rural para reivindicar los valores republicanos frente a las amenazas a la identidad nacional que supuestamente representan el multiculturalismo y la inmigración. En lugar del antisemitismo, los seguidores de su hija y sucesora, Marine Le Pen, practican ahora la eurofobia, culpando a una Europa abierta al mundo de la pérdida de soberanía de Francia; la xenofobia, culpando a los extranjeros, ciudadanos de la UE o extracomunitarios del aumento del paro y la delincuencia; y la islamofobia, situando en la religión islámica la principal amenaza a la identidad republicana.

El éxito del Frente Nacional debe mucho a la capacidad política que ha tenido Marine le Pen para comprender cuáles son las preocupaciones de la gran parte del electorado francés, como lo son el desempleo, la inseguridad e incluso la identidad nacional, para colocarlas en el punto de mira político y así ofrecer las aparentemente sencillas soluciones que existen para esos problemas: la vuelta al franco, el cierre de fronteras junto a la supresión de la libre circulación de personas (cuestionando el Acuerdo de Schengen) y la capacidad de expulsión de inmigrantes no integrados en la sociedad. Sus propuestas no dejan de ser unas soluciones sesgadas que tratan de esconder una

ideología eurófoba, xenófoba e islamófoba. Recuerdan irremediablemente a los viejos partidos fascistas que llegaron a gobernar Europa en la primera mitad del s. XX.

Esta capacidad para modernizar aquellas viejas ideologías, que Europa creía olvidadas, también se ha extendido a otros países del continente. Encontramos partidos populistas eurófobos en casi todos los países de Europa, desde Dinamarca, Finlandia o Suecia hasta Austria o Bélgica. Incluso existen partidos más radiales, que se inscriben en doctrinas directamente fascistas, antisemitas y filonazis sin esconderse o disimularlo. Es el caso de Jobbik en Hungría o Amanecer Dorado en Grecia. Todos estos grupos comienzan a unirse alrededor de unos objetivos comunes. Tal y como postula el Frente Nacional, el resto de partidos también comparten la necesidad de recuperar los controles fronterizos, de terminar con la libertad de circulación de personas en la Unión Europea y de defender una política migratoria excesivamente restrictiva respecto al resto del mundo. Lo realmente preocupante es que los partidos populistas se sitúan entre las tres primeras fuerzas políticas en Francia, Reino Unido, Austria, Hungría, Holanda, Italia, Dinamarca, Grecia, Polonia, Holanda, Lituania, Finlandia y República Checa.

Los controles fronterizos, las políticas migratorias restrictivas y la supresión de la libertad de circulación de personas avanza en contra de los ideales de integración y solidaridad que ha promulgado la Unión Europea las últimas dos décadas. Copsey pone el ejemplo de que los euroescépticos, y después eurofóbicos, del Frente Nacional francés o del *United Kingdom Independence Party* inglés no quieren la integración europea, lo que iría en contra de los propios principios ideológicos de la Unión Europea:

Their fervent hope is that the EU and European integration will come to an end and their particular nation-state can return to a pre-lapsarian era of national sovereignty with an ethnic and cultural homogeneity that EU membership appears to threaten. Much of their politics is emotive rather than reasoned. It appeals in particular to older and poorer voters who are pessimistic about the future, worried about multiculturalism and concerned about rising levels of migration. This group of voters is not going to be converted to the cause of European integration. It has increased in numbers since the onset of the Euro crisis. (2015: 92)

Resulta especialmente revelador que Copsey destaque la peculiaridad de que gran parte de las políticas de los partidos euroescépticos son más emotivas que racionales. Es ineludible la asociación inmediata, a este respecto, que se puede realizar con la ideología nacionalsocialista.

Europa en la actualidad. De las elecciones europeas de 2014 a la crisis de los refugiados.

La crisis económica y las infructuosas soluciones que han tomado los gobiernos europeos –basadas en medidas de austeridad ante las que los ciudadanos han mostrado su rechazo– ha llevado a que los partidos de extrema derecha avancen como nunca lo había hecho desde la II Guerra Mundial. Las elecciones al Parlamento europeo de 2014 catapultaron a estos partidos a niveles de apoyo electoral inesperados (Parlamento Europeo, 2014). En Francia, el Frente Nacional fue la fuerza más votada con un 25% de los votos, frente al 6% que cosecharon en 2009. En Austria, el Partido de la Libertad (FPÖ) consiguió el apoyo de un 19% del electorado. En Croacia el HSP sumó un 41,39% de votos, Amanecer Dorado griego un 9%, el Jobbik húngaro un 14%, los partidos nacionalistas de Letonia y Lituania un 14% en cada país. Los daneses DF llegaron a un 26%, el UKIP de Reino Unido consiguió ser la fuerza más votada con un 29%. En Finlandia, VS (Verdaderos Finlandeses) obtuvo casi un 13%. Por último, también podríamos destacar el 1% de votos que en Alemania consiguió obtener el NPD (Partido Nacionaldemócrata de Alemania), formación política que congrega a todos los partidos filonazis alemanes. Sin duda, estos partidos, conservadores y euroescépticos, racistas y xenófobos, han hecho resurgir los viejos fantasmas del continente.

Por otro lado, parte de sus propuestas políticas parecen chocar con derechos fundamentales de todos los ciudadanos que recoge la Carta de Derechos de la Unión Europea como, por ejemplo: la protección de la dignidad humana (artículo 1); el derecho a la vida (artículo 2); la prohibición de la tortura y los tratos o penas inhumanas o degradantes (artículo 4); el derecho a la libertad y a la seguridad (artículo 6); o el derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (artículo 10). Estas ideologías excluyentes no avanzan hacia la construcción de una Europa integrada e integradora. Antes al contrario, su objetivo es volver a los estados nacionales, herméticos y cerrados que se enfrentaron entre sí por el control colonial en el siglo XIX y que después volverían a enfrentarse en dos guerras mundiales de consecuencias dramáticas para el mundo.

Los valores que defiende la Unión Europea tienen que ver con «la primacía del ser humano formalizada en el respeto de sus derechos y en la exigencia de sus obligaciones» (González Vallvé, 2014: 248). Sin embargo, estos partidos avanzan en la dirección opuesta. Europa, en los últimos años, tenía la intención de convertirse en el ejemplo a seguir como modelo cohesionado e integrador, como modelo de paz, de solidaridad y de

desarrollo de todos los ciudadanos. Tal y como explica Carballo, la cohesión «implica, transformación, pero va más allá, incluye igualdad, solidaridad y justicia, y se consigue por el esfuerzo conjunto y con voluntad política, conceptos tergiversados en este siglo XXI» (2014: 29). Podríamos añadir que esos conceptos han sido tergiversados por las nuevas ideologías de extrema derecha.

Desde mediados de 2015, un importante flujo migratorio trata de entrar en Europa huyendo del horror de la guerra siria. Según cifras de Amnistía Internacional, más de once millones de sirios se han visto obligados a abandonar sus casas. Se estima que cerca de ocho todavía sigue en el país, mientras que cuatro millones han buscado sobrevivir a la guerra desplazándose a otros países. De estos cuatro millones de desplazados sirios, el 95% se encuentran en sólo 5 países: Turquía, Líbano, Irak, Jordania y Egipto (www.es.amnesty.org). Una parte de esos refugiados está tratando de acceder a Europa y no les importa arriesgar su vida para ello. Lo hacen en barco llegando a Grecia o Italia, pero sobre todo lo hacen a pie, cruzando Turquía y llegando a la frontera europea. Algunos refugiados buscan cruzar Europa a pie hasta llegar a Alemania, donde el sueño de una vida mejor los espera. Sin embargo, el flujo de refugiados ha iniciado una crisis política y social en Europa sin precedentes. Países como Hungría, Austria, República Checa o Polonia han elevado el tono hacia discursos xenófobos y han empezado a tomar medidas con el objetivo de impedir que los inmigrantes refugiados lleguen a sus fronteras o permanezcan en ellas. Entre estas medidas se encuentran la construcción de vallas y muros entre las fronteras de Hungría y Serbia o Macedonia y Grecia.

Los partidos y los gobiernos contrarios a la integración y a la acogida de refugiados se están oponiendo a los objetivos que Europa se fijaba como garante de la paz y de los Derechos Humanos. Como expone Carballo (2014: 32-33):

La paz en Europa no viene de la protección de la fuerza militar, sino de una política de seguridad humana común, que puede construir la paz y garantizar los derechos humanos. Europa tiene que retomar el liderazgo mundial en la defensa de los derechos humanos, debe avanzar hacia una verdadera Política Exterior y de Seguridad Común en lugar de hacia una securitización de la agenda.

Son varias las voces expertas en la Unión Europea que bogaban por la necesidad de priorizar las políticas de integración de la inmigración ya que, tal y como expone González Vallvé, «la integración armoniosa de los inmigrantes que acuden a Europa en

busca de una vida mejor, además de una obligación ética, es el mejor argumento para que ellos también solidariamente extiendan y defiendan el modelo europeo» (2014: 259-260). Según Vallvé, Europa está en la obligación ética de acoger la inmigración y con más motivos si esta inmigración huye de un conflicto armado devastador para sus ciudadanos. Aparte quedan planteamientos como el envejecimiento de la población europea o el papel que puede tener la inmigración como corrector de los desequilibrios globales. Los datos son devastadores en algunos casos: uno de cada tres refugiados que buscaban llegar a Europa por el Mediterráneo eran niños, entre los que se encontraban bebés de menos de dos años (EFE, 2015).

En los tiempos de bonanza económica y paz social, los europeos apostaban por la solidaridad. Esto es lo que dice Copsey al respecto: «Europeans, and in particular European politicians, like solidarity. It has become a much-invoked, and at times much-abused, term that features widely in European political discourse as a distinctive element of European modernity and of its economic model» (2015: 99). Sin embargo, el tiempo ha demostrado que la integración, la solidaridad, así como los ideales europeos de cohesión y garante de la paz han estado demasiado ligados a la estabilidad, sobre todo de tipo económico. Cuando la economía se ha hundido y el inestable clima social se ha visto sacudido, –todavía más–, por la mayor crisis de refugiados vivida en Europa desde la II Guerra Mundial, las ideologías excluyentes han aparecido enmascarando la realidad de sus políticas bajo la bandera del euroescepticismo.

A este respecto, podemos traer a colación un interesante ejercicio que realiza Marcellési, imaginando cómo será Europa en 2030:

A pesar de que en 2030 no queda casi ningún testimonio humano directo del horror de la Segunda Guerra Mundial, este imaginario colectivo europeo ha integrado perfectamente las consecuencias dramáticas del odio y rechazo al otro. Por tanto, tras su fuerte auge en Grecia, Hungría, Finlandia o Francia, la extrema derecha –como respuesta violenta, xenófoba y ferozmente antieuropea a la crisis económica y la desorientación colectiva– se repliega, siendo combatida con mayor democracia y mayor solidaridad. (2014: 41)

Viendo el panorama actual, no es arriesgado decir que hará falta mucho trabajo por parte de las democracias europeas para combatir a la extrema derecha.

El caso austriaco

Desde un punto de vista histórico, la aparición de ideologías excluyentes, en el caso de Austria, son previas al periodo de entreguerras. Las elecciones de 1890 pusieron fin a una época liberal y la ampliación del derecho al voto acabó favoreciendo al populismo y la demagogia. Karl Leuger consiguió el apoyo del electorado con «consignas clericales, comunal-socialistas, antisemitas y antihúngaras» (Altrichter y Bernecker, 2014: 24). Austria, en aquel momento, se convirtió en una pequeña muestra de lo que a gran escala ocurría en Europa, esto es, de las rivalidades entre las distintas nacionalidades del continente. Viena, de hecho, se anticipó a experiencias que después se repetirían en el periodo de entreguerras. Los ambientes y las ideas que se respiraban en la capital austríaca a finales del XIX y principios del XX pudieron ejercer una notable influencia en la construcción ideológica de Adolf Hitler, donde vivió momentos cruciales de su aprendizaje en los años previos al estallido de la I Guerra Mundial. En la década de 1920, Austria vivió en una «crisis crónica» (Altrichter y Bernecker, 2014, pág. 70), con el caldo de cultivo que esto supone para las ideologías extremistas. En la década de 1930 se sumó a este panorama social la Gran Depresión. No es extraño que, con el objetivo de solucionar todos los problemas a lo que tenía que hacer frente Austria, Dollfuss llegara a ser canciller en 1932, al frente de una coalición de derechas. Un año después fundaba el partido filofascista Frente Patriótico y emitía una ley mediante la cual ilegalizaba el resto de partidos, como hiciera Mussolini antes y como haría Hitler después. Dollfuss fue asesinado en un intento de golpe de estado llevado a cabo por simpatizantes nazis austríacos. Su sucesor, Schurschnigg, mantuvo las mismas políticas y el mismo ideario. En julio de 1936 el gobierno austríaco se declaró amigo de Alemania en el acuerdo germano-austríaco que firmaron ambos países, comprometiéndose a manejar su política exterior de acuerdo a los intereses alemanes. Finalmente, en 1938 se produjo el *Anschluss*, que anexionaba y convertía a Austria en *Ostmark* del III Reich. Después de 1945, ya finalizada la guerra, fue controlada por los aliados hasta que en 1955 se le devolvió la plena soberanía. Desde entonces Austria ha sido gobernada por el Partido Popular (ÖVK), por los socialdemócratas (SPÖ) o por coaliciones de ambos partidos.

En 1956 se fundó el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ). Se trataba de un partido conservador, nacionalista y con marcadas tendencias filonazis. El primer presidente del partido fue Anton Reinthaller, un antiguo miembro de las SS que llegó a ser diputado en el *Reichstag* hasta 1945 y que cumplió condena entre 1950 y 1953 por llevar

a cabo acciones nacionalsocialistas. El FPÖ no tuvo grandes apoyos hasta 1999, año en el que consiguió un 26% del electorado, convirtiéndose en el segundo partido más votado tras los populares y colocando a un miembro del partido como vicecanciller de Austria. Pactar con la ultraderecha conllevó multitud de sanciones por parte de varios países miembros de la Unión Europea hacia Austria. En 2002, desavenencias internas entre los dirigentes del FPÖ llevaron a la dimisión de sus ministros y a la convocatoria de elecciones anticipadas. El Partido de la Libertad perdió un peso político que tardaría una década en recuperar. La crisis de 2008 hizo que el FPÖ comenzara, paulatinamente, a ganar electores a base de discursos populistas, tal y como pudo comprobarse en las elecciones de 2013. En dicho año, los dos partidos tradicionales, ÖVK y SPÖ, convergieron en una coalición para conseguir la mayoría en las elecciones. Tuvieron que hacer frente al 21% del electorado alcanzado por el FPÖ, que conseguía recuperar cifras cercanas a 1999, cuando se hicieron con la vicecancillería del país. Dice Torreblanca que «el ejemplo de Austria demuestra [...] hasta qué punto los gobierno de coalición pueden, en época de crisis, llevar a un parte de la ciudadanía a buscar una alternativa populista ante la falta de diferenciación entre las principales fuerzas políticas» (2014: 124). O, lo que es lo mismo, muestra el problema del círculo vicioso que se crea entre tecnocracia y populismo.

Sin embargo, el ascenso del FPÖ no se detuvo ahí. Desde principios de 2015, la crisis de los refugiados sirvió de excusa a Heinz-Christian Strache, presidente del FPÖ, para radicalizar, todavía más, su discurso. En sus múltiples comparecencias públicas, en medios de comunicación y en mítines políticos, ha repetido una serie de propuestas para revertir la situación en Austria. Entre dichas medidas se encuentra la construcción de una valla para impedir la entrada de los inmigrantes al país, el aumento de los controles fronterizos o que se permita el paso a refugiados cristianos pero no a los musulmanes (Reuters, 2015), dentro de un marcado discurso racista.

El 11 de octubre de 2015 tuvieron lugar las elecciones en la ciudad-estado de Viena. En estos comicios la crisis de los refugiados fue usada por Strache para conseguir un 32% de los votos (Reuters, 2015; Velert, 2015). Si a esto le sumamos el 19% de los votos conseguidos un año antes para las elecciones europeas, el análisis parece evidente: la ultraderecha en Austria avanza a pasos agigantados.

Esta tesis pudo corroborarse en las pasadas elecciones nacionales. El 4 de abril de 2016 se celebró la primera vuelta de las votaciones. Los resultados causaron estupor

en Europa. Con un 35% de los votos a favor, Norbert Hofer, candidato del FPÖ, se erigió como ganador de los comicios (Velert, 2016). Su rival en la vuelta de las elecciones, con un 21,3% de los votos, sería Alexander Van der Bellen, candidato de Los Verdes (*Die Grünen*). Estos comicios dejaron, por primera vez desde la década de 1950, a los dos grandes partidos mayoritarios, SPÖ y ÖVP, fuera de la disputa de la Jefatura del Estado en unas elecciones. De hecho, entre ambos, sólo sumaron un 22% de los votos.

Dentro de este contexto político, y con el debate en torno a la crisis de los refugiados de fondo, se llegó a la segunda vuelta de los comicios, que tuvieron lugar el 22 de mayo de 2016. El recuento de votos desenterró viejos fantasmas del continente al dar un 51,9% a Hofer y un 48,1% a Van der Bellen a falta del voto por correo (Velert, 2016). Tras el recuento de estas últimas papeletas, que suponían un 14% del electorado, la jefatura de estado fue a parar para Alexander Van der Bellen por tan sólo una diferencia de 30.863 votos.

Sin embargo, el FPÖ no quedó satisfecho con estos resultados y decidió emitir un recurso por irregularidad en el recuento del voto por correo. Esto supuso la paralización del resultado hasta que el Tribunal Constitucional de Austria emitiera un fallo al respecto. El 1 de julio las elecciones fueron invalidadas por dicho tribunal, dando la razón al FPÖ y obligando a una repetición de los comicios (Valero, 2016). El 4 de diciembre de 2016 se repitió la segunda vuelta de las elecciones. Finalmente, con la ajustada cifra de un 53% del electorado, Van der Bellen se convirtió en jefe de estado de Austria (BBC, 2016).

El análisis de lo sucedido en Austria es muy revelador acerca de la situación de la extrema derecha en Europa. Norbert Hofer estuvo a poco más de treinta mil votos de ganar las elecciones y convertirse en Jefe de Estado. Su programa político no albergaba lugar para las dudas: rechazo de los refugiados y de los musulmanes; contrario a la adopción de parejas homosexuales; así como muy crítico con la Unión Europea (Barbero, 2016). Su derrota supuso para Martin Schulz, presidente del Parlamento Europeo, una «fuerte derrota del nacionalismo y el populismo antieuropeo retrógrado» (BBC, 2016). Desde principios de siglo, y especialmente en los últimos años, el discurso de la ultraderecha en Austria ha ido calando profundamente entre su población. Tanto es así, que llegó a rozar una presidencia que no mucho tiempo atrás se antojaba muy lejana, no sólo para los ciudadanos austríacos sino para el conjunto de la población Europea. Es cierto que hay que esperar a futuras elecciones para saber en qué situación se encuentra

el FPÖ pero lo que parece claro es que, de seguir así, no se puede descartar que acaben gobernando el país en un futuro cercano.

El papel de Europa

El caso austríaco no es el único existente en Europa aunque sí es el reflejo más claro de lo que está ocurriendo en el Viejo Continente. La Unión Europea, mientras tanto, sigue «atascada en el barro, con un crecimiento muy débil, elevadas tasas de paro, divisiones políticas y una gran desafección hacia la política, nacional y europea, en un gran número de países que alimenta el fenómeno del populismo antieuropeo» (Torreblanca, 2014: 61). En los últimos meses, las ideologías excluyentes han alzado con más fuerza la voz, tomando la crisis económica y la crisis de refugiados como pretexto para acercarse al poder, usando discursos populistas basados en el miedo y en la xenofobia, con el único objetivo de conseguir los máximos votos posibles. Los ciudadanos europeos y sus democracias están en la obligación de mantener y conservar una sociedad asentada en los principios de libertad, igualdad y solidaridad que propugna la Unión Europea y por los que tanto ha luchado en el pasado.

Según expone Carballo, Europa no puede mantenerse a base de viejas recetas, «ni para hacer frente a la crisis, ni para sobrevivir al futuro. Otra Europa es posible e imprescindible. Europa tiene que significar justicia social, justicia ecológica, democracia y paz» (2014: 34). El auge de las ideologías de ultraderecha, excluyentes, xenófobas, racistas y filofascistas debería movilizar a las democracias y sus ciudadanos en busca de soluciones. No es tarea fácil. Torreblanca (2014) señala que hay tres opciones posibles pero todas tienen un hándicap. La primera consiste en coaligarse para aislarlos. No obstante, esto puede suponer una victimización que le podría favorecer en el corto y medio plazo. Otra de las opciones sería que los partidos tomen algunos elementos de las políticas de estos partidos extremistas con el objetivo de robarles masa electoral. Ocurre que esta solución incurre en la traición a principios y valores irrenunciables. Por último, existe la opción de mantener el tipo hasta que la situación económica mejore, hecho que calmará los ánimos y la crispación ciudadana. Sin embargo, también podemos pensar que si los políticos no han podido solucionar la situación hasta la fecha, nada hace pensar que lo vayan a solucionar ahora. También Fieschi et. al. (2012) proponen una serie de pautas para contrarrestar el efecto de las ultraderechas. Estas pautas se centran, por ejemplo, en una educación menos general y más específica, así como en la búsqueda de políticas que

ayuden a los espectros sociales descontentos ya que es en los sectores descontentos de la sociedad donde los partidos extremistas ganan votos. Como vemos, existen propuestas y soluciones en el aspecto teórico que, sin embargo, tendrían que demostrar su valía materializándose en políticas concretas. Ni siquiera así la solución estaría garantizada.

Conclusiones

En el presente estudio hemos tratado de mostrar la existencia de analogías importantes entre la aparición y el avance de ideologías excluyentes, racistas y xenófobas en la Europa de la primera mitad del siglo XX, como la fascista o la nazi, y el auge que estas mismas ideologías están teniendo en nuestros días. La Gran Guerra y sus consecuencias propiciaron el colapso de valores e instituciones dentro de la civilización liberal de las primeras décadas del siglo XX. En la primera década del siglo XXI la historia parece repetirse. Aunque por motivos diversos, existen una serie de factores coincidentes en ambos periodos: crisis económica, clima de inestabilidad social e ineficacia de los gobiernos y las instituciones democráticas. En la actualidad, estas ideologías han sabido disfrazar los aspectos más radicales a partir de la evolución y la transformación, con el fin de adaptarse a los nuevos tiempos. Aun así, algunos de estos partidos ni siquiera tratan de esconderse, como es el caso del FPÖ en Austria, partido que ha estado muy cerca de ganar las elecciones nacionales y hacer que, por primera vez desde la II Guerra Mundial, un líder ultraderechista se hiciera con la presidencia de un gobierno europeo.

Sin duda alguna, el Viejo Continente, sus democracias, sus instituciones y sus ciudadanos tienen por delante la importante tarea de preservar una Europa basada en valores como el respeto, la igualdad, la integración y la paz. De no ser así, estaremos en manos de esa otra Europa cerrada, nacionalista, hermética, egoísta y xenófoba que defienden el Frente Nacional, FPÖ, Jobbik, UKIP o Amanecer Dorado. Si la crisis ha hecho que los cimientos de Europa se tambaleasen, será necesario trabajar para salir de ella y volver a la situación previa. Sin embargo, esta vez será con la lección aprendida y teniendo en cuenta que hay muchos elementos que renovar y reconstruir en esta Europa que pensaba que había dejado para siempre en el pasado sus ideologías más oscuras.

Referencias

- Altrichter, H., & Bernecker, W. L. (2014). *Historia de Europa en el siglo XX*. Madrid: Marcial Pons.
- Amnistía Internacional. (s.f.). *Crisis de refugiados*. Recuperado el 26 de 11 de 2015, de <https://www.es.amnesty.org/paises/siria/crisis-de-refugiados/>
- Barbero, P. L. (23 de mayo de 2016). El polémico programa del ultraderechista austriaco Norbert Hofer. *elmundo.es*. Recuperado el 10 de enero de 2017, de <http://www.elmundo.es/internacional/2016/05/23/5742daa5468aeb6e5d8b45dd.html>
- BBC. (4 de diciembre de 2016). Elecciones en Austria: el ecologista Alexander Van der Bellen que derrotó a la ultraderecha de Norbert Hofer. *bbc.com*. Recuperado el 10 de enero de 2017, de <http://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-38203301>
- Carballo, C. (2014). Ciudadanas europeas en la Corte del Rey Mercado. En F. Marcellesi, & F. Seijo (Edits.), *¿Qué Europa queremos?* (págs. 24-35). Barcelona: Icaria.
- Copsey, N. (2015). *Rethinking the European Union*. London: Palgrave.
- Del Pozo, A., & Martín, M. (2013). *Social Cohesion and the State in Times of Austerity. Country Case Study: Spain*. Berlín: Friedrich Ebert Stiftung.
- EFE. (01 de diciembre de 2015). Uno de cada tres refugiados ahogado en el mar era niño. *Elmundo.es*. Recuperado el 06 de diciembre de 2015, de <http://www.elmundo.es/internacional/2015/12/01/565d8c7cca4741d9648b461d.htm>
- Etxagibe, A. (2014). Europa, ¿quo vadis? Aproximación desde un prisma socioecológico. En F. Marcellesi, & F. Seijo (Edits.), *¿Qué Europa queremos? Ideas y políticas para un cotinente justo, democrático y sostenible* (págs. 11-23). Barcelona: Icaria.
- Fieschi, C., Moris, M., & Caballero, L. (septiembre de 2012). Recapturing the Reluctant Radical: how to win back Europe's populist vote. *Counterpoint*. Recuperado el 19 de 11 de 2015, de <http://counterpoint.uk.com/wp-content/uploads/2013/02/E-version-Recapturing-the-Reluctant-Radical-September-2012.pdf>
- González Vallvé, J. L. (2014). *Reconstruyendo el sueño europeo*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Innerarity, D. (2014). What kind of deficit?: Problems of legitimacy in the European Union. *European Journal of Social Theory*, 1-19.
- Marcellesi, F. (2014). Europa 2030. La gran transformación ecosocial. En F. Marcellesi, & F. Seijo (Edits.), *¿Qué Europa queremos?* (págs. 38-49). Barcelona: Icaria.

- Martínez, P., & Fresnillo, I. (2014). Auditoría Ciudadana: Poniendo en jaque a la Europa del Capital. En F. Marcellesi, & F. Seijo (Edits.), *¿Qué Europa queremos?* (págs. 128-132). Barcelona: Icaria.
- Parlamento Europeo. (01 de julio de 2014). *Resultados de las elecciones europeas 2014*. Recuperado el 28 de noviembre de 2015, de <http://www.europarl.europa.eu/elections2014-results/es/election-results-2014.html>
- Requeijo, J. (2014). *Bordeando el abismo*. Madrid: Alianza.
- Reuters. (03 de diciembre de 2015). El director de Frontex, preocupado por el levantamiento de vallas fronterizas en la UE. *europapress.es*. Recuperado el 05 de diciembre de 2015, de <http://www.europapress.es/internacional/noticia-director-frontex-preocupado-levantamiento-vallas-fronterizas-ue-20151203154828.html>
- Reuters. (05 de septiembre de 2015). La ultraderecha austriaca defiende una valla militarizada en la frontera con Hungría. *europapress.es*. Recuperado el 02 de diciembre de 2015, de <http://www.europapress.es/internacional/noticia-ultraderecha-austriaca-defiende-valla-militarizada-frontera-hungria-20150905162635.html>
- Reuters. (11 de octubre de 2015). Refugee crisis fuels record result for Austrian far-right in Vienna elections. *TheGuardian.com*. Recuperado el 18 de noviembre de 2015, de <http://www.theguardian.com/world/2015/oct/11/social-democrats-win-vienna-election-despite-freedom-party-gains>
- Rodríguez-Aguilera, C. (2012). *Euroescepticismo, Eurofobia y Eurocriticismo. Los partidos radicales de la derecha y la izquierda ante la Unión Europea*. Barcelona: Huygens.
- The Quest for Prosperity. (15 de marzo de 2007). *TheEconomist.com*. Recuperado el 05 de diciembre de 2015, de <http://www.economist.com/node/8808044>
- Torreblanca, J. I. (2014). *¿Quién gobierna en Europa?* Madrid: Catarata.
- Troitiño, D., & Kerikmäe, T. (Edits.). (2014). *Pasado, presente y futuro de la Unión Europea*. Madrid: Mc Graw Hill Education.
- Valero, C. (1 de julio de 2016). Austria invalida el resultado de las elecciones presidenciales. *Elmundo.es*. Recuperado el 24 de noviembre de 2016, de <http://www.elmundo.es/internacional/2016/07/01/57764182e2704eb3318b4634.html>
- Velert, S. (12 de octubre de 2015). La crisis migratoria impulsa a la ultraderecha austriaca. *Elpaís.com*. Recuperado el 26 de noviembre de 2015, de

http://internacional.elpais.com/internacional/2015/10/12/actualidad/1444673174_000401.html

Velert, S. (23 de mayo de 2016). El auge de la ultraderecha parte en dos a Austria e inquieta a Europa. *Elpais.com*. Recuperado el 19 de noviembre de 2016, de http://internacional.elpais.com/internacional/2016/05/22/actualidad/1463914210_060421.html

Velert, S. (25 de abril de 2016). La ultraderecha gana la primera vuelta de las presidenciales en Austria. *Elpais.com*. Recuperado el 15 de noviembre de 2016, de http://internacional.elpais.com/internacional/2016/04/24/actualidad/1461450132_987767.html